

Recordando a Pablo VI

Urbano Valero Agúndez, SJ

Escritor. Colegio San Estanislao (Salamanca)

E-mail: uvalero@jesuitas.es

Recibido: 9 de julio de 2018

Aceptado: 11 de septiembre de 2018

RESUMEN: Con ocasión de la canonización de Pablo VI, el artículo pretende recuperar su figura, en su verdadera dimensión humana y espiritual y en su desempeño como Papa. Para ello sigue su curso vital por todos los lugares y ocupaciones por donde fue pasando sucesivamente hasta ser elegido Papa el 21 de junio de 1963. Su labor principal consistió en continuar, llevar a término y aplicar el Concilio Vaticano II en tiempos complicados y azarosos para la Iglesia. Simultáneamente desarrolló un magisterio fecundo y valioso, y fue el primer Papa que visitó los cinco continentes.

PALABRAS CLAVE: Montini, Pablo VI, Concesio, FUCI, Concilio Vaticano II.

Introducción

El día 6 de agosto de 1978, a las 9:41 de la noche, fallecía el papa Pablo VI en la villa pontificia Barberini, de Castel Gandolfo, a la edad de ochenta años, poniendo fin a un pontificado que había durado quince años y poco más de un mes. Encajado entre dos grandes papas, muy populares¹, proclamados santos el mismo día por

el actual papa Francisco –san Juan XXIII, el «Papa bueno» y audaz que convocó el Concilio Vaticano II y publicó la encíclica *Pacem in Terris* en medio de la guerra fría que siguió a la segunda guerra mundial, y san Juan Pablo II que predicó el Evangelio por todo el mundo y contribuyó personalmente a la caída del telón de acero y del bloque soviético con él–, podría correr el peligro de quedar en el recuerdo de muchos, incluso católicos, como un Papa de segunda categoría.

¹ El paso de su inmediato sucesor, Juan Pablo I, por el solio pontificio fue muy fugaz y sin mayor influjo a estos efectos.

Por lo que se refiere a su elevada calidad espiritual, su canonización, producida el 14 de octubre de este año, sin excepciones ni dispensas de ninguno de los requisitos generalmente exigidos, disipa ese peligro. Pero ¿qué puede suceder con la valoración global de su persona y su pontificado?² Desde hace algunos años³, han ido apareciendo biografías y estudios que lo han calificado como «el Papa de la audacia»⁴ o «el santo de la modernidad»⁵ y destacan su profundo

«humanismo»⁶. En cuanto a sus complicadas relaciones con España, nos ha sido presentado como «un santo que atrae e interpela» y se nos ha desvelado su proyecto para ayudar a nuestra Iglesia en la tarea de su renovación postconciliar⁷. A pesar de todo, el tiempo que nos separa de él –para muchos contemporáneos o es desconocido o pertenece ya a un pasado remoto–, su carácter reservado y percibido como distante y adusto, y algunas de sus enseñanzas y actuaciones, de menor agrado –y hasta de airado rechazo– de mucha gente, podrían empañar su figura y rebajar su aprecio. Por ello parece conveniente tratar de recuperarla, con ocasión de su canonización, en su verdadera dimensión humana y espiritual y en su desempeño como Papa, y refrescar la memoria del rico legado que dejó a la Iglesia y al mundo. A ello pretende contribuir este artículo, dentro de sus obligados límites de espacio.

² Un año después de su muerte, fue erigido en Brescia el *Istituto Paolo VI, Centro internazionale di studi e di documentazione*, para favorecer el estudio científico del tiempo en que vivió y actuó, de su propia personalidad, su magisterio y su legado. El Instituto ha desarrollado y sigue desarrollando una intensa actividad de investigación y divulgación.

³ Ya en 1967, había aparecido el libro de J. GUITTON, *Dialogues avec Paul VI*, Fayard, París 1967 (trad. esp. *Diálogos con Pablo VI*, Ediciones Encuentro, Madrid 2014). Del mismo autor, *Paul VI secret*, Desclée de Brouwer, París 1979 (trad. esp. y notas de I. MARRO, *Pablo VI secreto*, Ediciones Encuentro, Madrid 2015). Ambos libros proporcionan un conocimiento interior, rico y sugerente, de Pablo VI.

⁴ A. TORNIELLI, *Paolo VI, L'audacia di un Papa*, Mondadori, Milano 2009.

⁵ G. ADORNATO, *Pablo VI. El coraje de la modernidad*, San Pablo, Madrid 2010; D. AGASSO, JR. – A. TORNIELLI, *Paolo VI, Il santo della modernità*, Edizioni San Paolo, Milano 2014. Según expresan los autores en su Introducción, muchas páginas de su relato vieron la luz poco después de

la muerte de su biografiado en la obra de D. AGASSO, *Paolo VI. Le chiavi pesanti*, Libreria della Famiglia, 1979.

⁶ G. LA BELLA, *L'umanesimo di Paolo VI*, Ed. Soveria Mannelli, Rubbettino 2015.

⁷ V. CÁRCCEL ORTI, *Pablo VI y España. Fidelidad, renovación y crisis (1963-1978)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997; J. M. LABOA, *Pablo VI, España y el Concilio Vaticano II*, PPC, Madrid 2017.

1. Antes de Pablo VI, Giovanni Battista Montini

Infancia y estudios básicos. Giovanni Battista Enrico Antonio Maria Montini («Battista», en el círculo familiar), futuro Pablo VI, nació el 26 de septiembre de 1897 en Concesio, a pocos kilómetros de Brescia (Italia). Fueron sus padres Giorgio Montini, abogado, director del periódico local *Il Sole di Brescia* y diputado en tres legislaturas por el Partido Popular Italiano, y Giuditta Alghisi, ocupada de la casa familiar. Tuvo dos hermanos: Ludovico, poco mayor que él, que fue también abogado y diputado y senador de la República, y Francesco, médico. En 1903 fue matriculado como alumno externo, a causa de su frágil salud, en el Colegio “Cesare Arici” de Brescia, dirigido por los jesuitas, donde cursó los estudios de enseñanza primaria y media –liceo clásico–, al mismo tiempo que participaba activamente en los grupos juveniles del “Oratorio de la Paz”, llevado por sacerdotes oratorianos, uno de los cuales sería su director epiritual por mucho tiempo.

Formación posterior. En octubre de 1916 ingresó, también como alumno externo, en el seminario diocesano de Brescia. Y, en 1919, en la Federación Universitaria Católica Italiana (FUCI), de la que años después sería asistente eclesiástico. El 20 de mayo de 1920,

poco antes de cumplir los 23 años, recibió la ordenación sacerdotal en la catedral de Brescia, y el día siguiente celebró su primera misa en el Santuario de las Gracias. En noviembre del mismo año se trasladó a Roma para ampliar estudios, primero, durante un año, en el Pontificio Seminario Lombardo, y luego en la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Gregoriana y en la de Filosofía y Letras de la estatal “La Sapienza”. Pero pronto fue mandado por el Cardenal Pietro Gasparri, Secretario de Estado, a la Pontificia Academia de Nobles Eclesiásticos, para formarse como diplomático vaticano. Él hubiera preferido practicar el ministerio sacerdotal directo y llevar una vida de recogimiento y estudio; pero aceptó, confiado en la divina providencia, las disposiciones superiores sobre su futuro. Ante esta nueva perspectiva, se matriculó en la Facultad de Derecho Canónico de la Gregoriana. En el verano de 1922 hizo un viaje a Austria y Alemania, confrontándose con la modernidad de las grandes ciudades europeas, y, en el de 1924, a Francia, donde se inscribió en los cursos de la Alliance Française para adentrarse en la literatura y cultura del país. En esos años obtuvo las licenciaturas en Filosofía, Derecho canónico y Derecho civil. Y, en mayo de 1923, fue enviado en prácticas a la Nunciatura Apostólica de Varsovia, –experiencia difícil para él–, siendo

llamado de vuelta a Roma seis meses después.

Secretaría de Estado. En abril de 1925 entró en la Secretaría de Estado del Vaticano, en la que servirá durante treinta años, pasando por todos los escalones del escalafón, desde modesto “minutante” hasta Sustituto de la Secretaría de Estado (1937) y Pro-Secretario de Estado para los asuntos ordinarios de la Iglesia (1952), al servicio directo de dos Papas y en estrecha relación con ellos, Pío XI, lombardo como él y amigo de su familia, y Pío XII, con el que trabajó ya, siendo este Secretario de Estado. Fueron tiempos sumamente complicados, en los que el oleaje de los acontecimientos sacudía violentamente a Europa, envolviendo también a la Iglesia católica: revolución de octubre de 1917 e implantación del comunismo en Rusia; implantación y ascenso progresivo de los regímenes totalitarios en Alemania e Italia; persecución religiosa y guerra civil en España; estallido y expansión de la segunda guerra mundial, que sembró devastación y ruinas en la mayoría de las naciones europeas y en Japón, y dejó el mundo dividido en dos bloques enfrentados, que libraron entre sí la llamada guerra fría, prolongada por años y ensombrecida por el constante crecimiento armamentístico y la amenaza del holocausto nuclear por ambas partes... Se necesitaba inteligencia, serenidad,

tacto, capacidad de mediación y, lo que especialmente podía aportar la Iglesia, amor universal y sincero a todas las partes en conflicto. Montini aportó mucho de esto en su tarea oscura y subordinada, convencido de que así realizaba su misión. De ello hay elocuentes testimonios⁸.

Desde su entrada en la Secretaría de Estado llamó la atención por su intensa dedicación y su disponibilidad para todo servicio⁹, así como la calidad de su trabajo¹⁰. Simultáneamente, colaboró, mientras pudo, en la predicación, catequesis, asistencia a los pobres y, por algunas semanas, a los scouts de la parroquia romana de San Eustaquio, junto al Campo de' Fiori.

Poco antes, en noviembre de 1923, había sido nombrado *asistente eclesiástico del círculo romano*

⁸ Se pueden ver los cálidos elogios que hacen de él el ministro plenipotenciario de Gran Bretaña ante la Santa Sede, Godolphin Francis d'Arcy Osborne, y el embajador de Francia, Jacques Maritain, en G. ADORNATO, *op. cit.*, 35, 43-44.

⁹ Pronto se hizo proverbial la frase de su inmediato superior, Mons. Alfredo Ottaviani: «Montini nos está fastidiando a todos; es siempre el primero en llegar y el último en salir».

¹⁰ Al ser nombrado Montini arzobispo de Milán, comentaba su colega y amigo, Mons. Angelo Giuseppe Roncalli, arzobispo y Patriarca de Venecia: «¿Quién nos escribirá ahora las bonitas e impecables cartas de Montini?».

de la FUCI¹¹, pasando, en 1925, a ser asistente nacional. En esta tarea, que duró nueve años, entretrejió relaciones de amistad y confianza espiritual con decenas de jóvenes, muchos de los cuales ocuparían posteriormente puestos de alta responsabilidad en la vida pública y lo considerarían siempre como su guía espiritual. Presentaba a los jóvenes estudiantes un programa de vida austera y exigente: conciencia universitaria, responsabilidad, exigencia espiritual, apostolado de la inteligencia, eran palabras que se convirtieron en el paradigma de la formación integral de los miembros de la Federación. Pero esta no escapó a la crisis que afectó a las organizaciones católicas con el ascenso del fascismo, y el 29 de mayo de 1931 fue también disuelta y sus sedes devastadas. A esta grave prueba se le añadió a Montini, un año después, otra más dura personalmente: se le acusaba de orientaciones extrañas en la liturgia y de métodos de sabor protestante¹². Pío XI le hizo

¹¹ La FUCI (Federación Universitaria Católica Italiana) reunía, y sigue reuniendo, grupos de universitarios católicos que en ella ahondan en su vocación cristiana y reciben formación espiritual, cívica y política, para relacionarse con el mundo de acuerdo con ella.

¹² Las acusaciones provenían de algunos celosos jesuitas romanos ocupados en actividades parecidas y

llegar palabras de afecto y benevolencia; pero el clima se fue encrespando hasta el punto de verse amargamente obligado a presentar su dimisión el 12 de mayo de 1933¹³. A pesar de todo, siguió trabajando con jóvenes graduados del Movimiento de Licenciados Católicos.

Más allá de su estricto servicio en la Secretaría de Estado, desarrolló también otras actividades importantes. Durante todo el tiempo de la segunda guerra mundial, desplegó una intensa labor en la oficina de información vaticana para buscar noticias sobre soldados civiles. La guerra, además, fue ocasión de polémicas violentísimas sobre el papel de la Iglesia, y en particular de Pío XII, acusado de estar manteniendo una actitud descomprometida, e incluso colaboracionista, con los alemanes. Montini tuvo que defender al Papa de estas acusaciones. Por su parte, se ocupó en proporcionar asistencia y ayuda económica a refugiados y judíos, logrando salvar de la deportación a 4.000 de estos.

de la hostilidad personal del recién nombrado vicario del Papa para la diócesis de Roma.

¹³ Montini escribe a sus padres: «He tenido que defenderme a duras penas ante mis superiores de cosas graves y, al mismo tiempo, ridículas. Pero me he propuesto aceptar la prueba como el Señor la manda»: G. ADORNATO, *op. cit.*, 35.

También gentes necesitadas de las periferias romanas (Primavalle, especialmente) se beneficiaron de su socorro. Terminada la contienda, se empeñó en salvaguardar al mundo católico de la difusión de las ideas marxistas.

Arzobispo de Milán. Sorprendentemente, el 1 de noviembre de 1954, Pío XII lo nombró arzobispo de Milán. Por lo imprevisto de la decisión, esta pareció a muchos un alejamiento impuesto de la Curia romana; hubo incluso quien habló de un destierro. Pero esta no era la única explicación, ni la más probable. Presumiblemente, Pío XII habría querido proporcionarle una intensa experiencia pastoral y de gobierno eclesial en la diócesis mayor de Italia, y, después de Roma, la más importante, pensando en un eventual futuro que solo Dios conocía. Fue ordenado obispo en la basílica vaticana el 12 de diciembre y tomó posesión de la diócesis el 6 de enero de 1955. Como arzobispo supo levantar la precaria situación de la iglesia lombarda en un momento histórico difícilísimo, en el que convergían los problemas económicos de la reconstrucción, la inmigración procedente del sur, la difusión del ateísmo y del marxismo en el mundo del trabajo. Supo implicar a las mejores fuerzas económicas en el resurgimiento de la Iglesia; buscó el diálogo y la conciliación con todas las clases sociales, y abrió el camino a

una verdadera cristianización de los trabajadores –«obispo de los obreros» le llamaban–, por medio principalmente de las Asociaciones cristianas de los trabajadores italianos (ACLI). Todo ello le granjeó amplias simpatías y estima en el pueblo y, en realidad, una mayor y mejor preparación para lo que le pudiera venir. Aunque no le faltaron menosprecios de la prensa mundana (*L'Espresso* y *Oggi*) ni ataques de publicaciones manifiestamente hostiles a la Iglesia y a la religión (*L'Unità* y *Avanti*, por la izquierda, y *Il Borghese*, por la extrema derecha). En la lista de cardenales creados por Juan XXIII el 15 de diciembre de 1958 ocupó el primer lugar. Y, desde el anuncio del Concilio Vaticano II, participó muy activamente en su preparación, en la Comisión Preparatoria Central.

Este era el Montini que llegaba al cónclave convocado para elegir al sucesor de san Juan XXIII, como obispo de Roma y cabeza de la Iglesia universal. Estaba a punto de cumplir 66 años. Y, más allá del puro burócrata de despacho, aparecía como competente servidor, generoso y fiel, de la Iglesia y los Papas en situaciones muy difíciles, influyente formador y guía espiritual de la juventud y acreditado pastor de la mayor diócesis de Italia.

2. Giovanni Battista Montini, Pablo VI

El cónclave lo eligió Papa en su segundo día, 21 de junio de 1963, y él, «por devoción al Apóstol –primer teólogo de Jesucristo– el enamorado de Cristo [...], Apóstol misionero, que llevó el Evangelio al mundo en su tiempo»¹⁴, eligió el nombre de Pablo VI¹⁵.

Su primera gran decisión, tomada al día siguiente de su elección, fue continuar la celebración del Concilio Vaticano II, que no había hecho más que empezar, no sin dificultades, el año anterior. Su desarrollo, a través todavía de otras tres sesiones anuales, y su puesta en práctica posterior fue la gran obra de su vida¹⁶. Hombre humilde y reservado, dotado de una vasta erudición y, al mismo tiempo, intensamente espiritual, supo continuar el recorrido iniciado por Juan XXIII, desplegando una gran capacidad de mediación para

conciliar posiciones divergentes y garantizar la solidez doctrinal católica en un período de agitaciones ideológicas, abriéndose a los problemas del mundo y de la paz entre los pueblos.

Por una parte, apoyó el *aggiornamento* y la modernización de la Iglesia y, por otra, custodió los puntos firmes de la fe, que no debían sufrir en el proceso ni retractaciones ni adaptaciones puramente miméticas¹⁷. No debió de resultarle fácil mantener la unidad de la Iglesia, mientras, dentro de ella, los tradicionalistas a ultranza lo acusaban de excesivo modernismo y, por el contrario, los sectores más avanzados lo tildaban de inmovilismo¹⁸. Un juicio equilibrado y honesto no puede menos de reconocer las grandes dotes de guía espiritual mostradas por él, que supo presentar siempre con coherencia los verdaderos caminos de la fe, para el bien de la humanidad.

Puesta en práctica del Concilio. Poco después de la conclusión del Concilio, el 8 de diciembre de 1965, se abrió un período difícilísimo

¹⁴ Cita tomada de G. ADORNATO, *op. cit.*, 101, nota 1.

¹⁵ El último Papa que llevó el mismo nombre había sido Pablo V (Camillo Borghese), del 16 de mayo de 1605 al 28 de enero de 1621.

¹⁶ Sobre la historia del Concilio, G. ALBERIGO *et al.*, *Historia del Concilio Vaticano II*, edición española a cargo de E. VILANOVA, Editorial Sígueme, Salamanca 1999, 4 vols; *Id.*, *Breve historia del Concilio Vaticano II, (1959-1965)*, Editorial Sígueme, Salamanca 2005.

¹⁷ Seguía fielmente la idea de Juan XXIII, expresada en la solemne apertura del Concilio, el 11 de octubre de 1962: «El supremo interés del Concilio Ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz».

¹⁸ Cf. G. ADORNATO, *op. cit.*, 140-147, 150-165.

para la Iglesia Católica –la «crisis del postconcilio» y el tiempo de la «contestación» intraeclesial desde frentes opuestos!–, atacada en un momento histórico y cultural de fuerte oposición a los valores tradicionales y amplia difusión de las ideas marxistas y radicalmente libertarias. La sociedad y la Iglesia sufrían fuertes agitaciones y contrastes, políticos, sociales y también religiosos. Fue entonces cuando Pablo VI llegó a decir: “esperábamos la primavera, y ha llegado la tempestad; el humo del infierno ha entrado por algún resquicio en el templo de Dios”¹⁹.

A pesar de todo, supo mantener la cabeza y el pulso firmes en la aplicación cabal y metódica del Concilio, confiado en la potencia del Espíritu, que guía indefectiblemente a la Iglesia.

Empezó por la renovación de la liturgia en toda su amplitud, en cumplimiento de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, siguiendo con la creación de la Pontificia Comisión para las Comunicaciones Sociales, para el cumplimiento del decreto *Inter mirifica*. Dio normas apropiadas para la puesta en práctica de los decretos sobre los obispos, la formación de los candidatos al sacerdocio y la renovación acomodada de la vida

religiosa. Confirmó el Secretariado para la unión de los cristianos, instituido por su predecesor Juan XXIII, y creó de nueva planta una serie de organismos: Secretariado para los no creyentes, Secretariado para los no cristianos, Consejo para los laicos, Comisión “*Iustitia et Pax*”²⁰, Comisión Teológica Internacional, Pontificio Consejo “*Cor Unum*”, Sínodo de los Obispos. Reformó el tradicional Santo Oficio, dándole el nombre de Congregación para la Doctrina de la Fe y abolió el secular Índice de libros prohibidos. En 1967, instituyó la Jornada Mundial de la paz, para ser celebrada el día 1.º de enero de cada año. Con todas estas innovaciones equipaba a la Iglesia para recorrer el camino de la renovación que le había programado el Concilio.

Magisterio ordinario. Simultáneamente, a lo largo de su pontificado, promulgó cinco encíclicas: *Ecclesiam Suam* (6 agosto 1964), sobre la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo²¹; *Mysterium fidei*

¹⁹ Cf. PABLO VI, *Homilía* (29 de junio de 1972).

²⁰ Los organismos enumerados fueron confirmados por la Constitución apostólica *Regimini Ecclesiae universae* para la reforma de la curia romana, de 15 de agosto de 1967.

²¹ Encíclica programática del pontificado, centrada en la naturaleza y misión de la Iglesia, cuyo núcleo puede verse resumido en estas palabras: «La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en

(3 de septiembre de 1965), sobre la doctrina y culto de la sagrada Eucaristía; *Populorum Progressio* (26 de marzo de 1967), sobre la necesidad de promover el desarrollo de los pueblos; *Sacerdotalis Caelibatus* (24 de junio de 1967), sobre el celibato sacerdotal²²; *Humanae Vitae* (25 de julio de 1968), sobre la regulación de la natalidad²³.

Entre sus Exhortaciones apostólicas se encuentran: *Signum Magnum*, sobre el culto a la Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia y Modelo de todas las virtudes (13 de mayo de 1967); *Evangelica Testificatio*, so-

bre la renovación de la vida religiosa según las enseñanzas del Concilio (29 de junio de 1971); *Marialis cultus*, sobre la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen (2 de febrero de 1974); *Gaudete in Domino*, sobre la alegría cristiana (9 de mayo de 1975); *Evangelii nuntiandi*, sobre la evangelización en el mundo contemporáneo (8 de diciembre de 1975). Y, entre las cartas apostólicas, cabe destacar la *Octogesima adveniens* (14 de mayo de 1971), al Cardenal Mauricio Roy, presidente del Consejo para los laicos y de la Comisión "Justicia y Paz" en ocasión del LXXX aniversario de la Encíclica *Rerum novarum*, sobre el pluralismo opcional de los católicos en la vida política.

que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio» (n. 27).

²² Tema sustraído al debate en la cuarta sesión del Concilio.

²³ Fue su última encíclica. El debate laicista que se desató en la sociedad civil y en la misma Iglesia por las posiciones mantenidas en ella debilitó fuertemente la autoridad del Papa, que fue calificado como *Papa triste*. Él, por su parte, no cesó de desmentir los argumentos de quienes le atribuían un tono dubitativo y melancólico, afirmando enérgicamente que «es contrario al genio del catolicismo, al reino de Dios, instalarse en la duda y en la incertidumbre sobre la doctrina de la fe». Es bien significativo que los dos milagros que le han abierto el paso a la beatificación y canonización hayan sido precisamente casos de embarazos con graves malformaciones de los fetos, que, por su intercesión, llegaron a feliz término.

Todos estos documentos, junto con otros muchos de menor rango (discursos, homilías, mensajes), la mayoría escritos, según se dice, de puño y letra del Pontífice, constituyen un conjunto, sumamente rico e inspirador, de su magisterio, con el que iluminaba el camino iniciado por la Iglesia a impulso del Espíritu que la removió en la asamblea conciliar.

Viajes apostólicos. Pablo VI fue el primer Papa viajero a gran escala, que visitó los cinco continentes. Del 4 al 6 de enero de 1964, peregrinó con gran devoción a Tierra Santa, encontrándose en Jerusalén con el Patriarca de

la Iglesia ortodoxa, Atenágoras I, lo que significó un acercamiento epocal entre el cristianismo ortodoxo y el catolicismo, después de siglos de separación y mutuos reproches²⁴. Del 2 al 5 de diciembre del mismo año, viajó a la India, con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional en Bombay. Del 4 al 5 de octubre de 1965, visitó las Naciones Unidas en Nueva York, donde pronunció el histórico grito: «¡Nunca más la guerra! ¡Nunca más!». El 13 de mayo de 1967 peregrinó al Santuario de Nuestra Señora de Fátima. En su visita a Turquía, el 25 y 26 de julio de 1967, se encontró de nuevo con Atenágoras en Estambul. Del 21 al 25 de agosto de 1968, viajó a Bogotá para participar en la asamblea plenaria del CELAM, en la que se proclamó la «opción preferencial por los pobres» de la Iglesia latinoamericana. El 10 de junio de 1969, visitó Ginebra, con ocasión del 50º aniversario de la Organización Internacional del Trabajo. Del 31 de julio al 2 de agosto, visitó Uganda. Y, del 26 de noviembre al 5 de diciembre de 1970, peregrinó por Asia

²⁴ El 7 de diciembre de 1965 fue leída en francés la declaración conjunta de mutuo perdón y reconciliación de Su Santidad Pablo VI y de Su Beatitud el patriarca Atenágoras I en la sesión pública conciliar y al mismo tiempo en el Fanar del Patriarcado de Constantino-
pla.

Oriental, Oceanía y Australia²⁵. Era el primer Papa que salía al ancho mundo para anunciarle en sus propios lugares la Buena Noticia de Jesucristo.

3. Conclusión

Aunque no pocos aspectos significativos de su persona y obra hayan debido quedar fuera de esta apretada semblanza²⁶, este es el Pablo VI que condujo providencialmente a la Iglesia Católica en los difíciles años de la culminación y aplicación del Concilio Vaticano II. Dotado de una preclara inteligencia y de una aguda sensibilidad, de tenacidad admirable y, sobre todo, de fe viva y amor ardiente y sufrido a Jesucristo, a la Iglesia y a la humanidad, y, con una preparación única para el desempeño de su cargo, se entregó a él sin reserva, poniendo de su parte sabiduría, paciencia y su reconocida «infinita cortesía», sin

²⁵ En Filipinas fue objeto de un atentado, por parte de un desequilibrado, puñal en mano, que no logró su objetivo.

²⁶ Tal, por ejemplo, el profundo impacto emocional que le produjo el secuestro y posterior asesinato de Aldo Moro, presidente del partido de la Democracia Cristiana, por las Brigadas Rojas. De modo semejante, la aprensión con que vivió la legalización del divorcio y la liberalización del aborto en su Italia secularmente católica.

rehuir sacrificio alguno. Desde estas claves se le puede considerar con toda justicia como un *gran Papa*, que, con el paso del tiempo, ha ido –y seguirá– creciendo en aceptación y estima. La mayor serenidad que proporcione el paso del tiempo ayuda a comprender mejor los puntos más discutidos de su magisterio (encíclicas *Sacerdotalis coelibatus* y *Humanae Vitae*) y su afán de mediación, til-

dato por algunos como excesivo, entre las posiciones contrapuestas en el Concilio, en orden a salvaguardar la unidad de la Iglesia. Un verdadero regalo de Dios a la Iglesia y a la humanidad. Su canonización debería servir para reconocerlo y agradecerlo, para recuperar su legado y mantener vivo el ejemplo de su vida, entregada sin límites al servicio de ambas. ■

SALTERRAE



JOSÉ IGNACIO
GONZÁLEZ FAUS

Acceso a Jesús

P.V.P.: 14,50 €
312 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

Décima edición renovada

El cristianismo ha descubierto que ser hombre es existir de cara a la resurrección y, por eso, ser cristiano debería significar existir en el amor incorruptible. El cristiano está llamado a ser absoluto, a practicar la misericordia absoluta del Padre. La décima edición de esta obra (que nació de una serie de charlas dadas a raíz de la publicación de La Humanidad Nueva) conserva todo el contenido teológico de las reflexiones anteriores, pero modifica o actualiza una serie de alusiones y aplicaciones a los datos culturales o sociopolíticos de la época en que apareció y que hoy, lógicamente, han cambiado.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@gcloyola.com
